



## ¿Amor o abuso?

por J. Nelson Kraybill

### 1 Juan 4,7-21.

Si Dios «envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4,10), ¿hemos de entenderlo como evidencia de un amor infinito o como indicio de un abuso del poder paterno? Algunos teólogos han expresado últimamente cierta insatisfacción con la interpretación de la muerte de Jesús como un «sustituto redentor» —y muy especialmente si hemos de entender que el sacrificio de Jesús es un ejemplo que estamos obligados a imitar.

Pero nuestro pasaje declara: «Amados, si Dios así nos amó, también nosotros debemos amarnos unos



a otros» (4,11). ¿Cómo entender este llamamiento al sacrificio en un mundo donde los derechos fundamentales de algunos sufren un menoscabo sistemático? ¿Mantener en alto el ejemplo del sufrimiento de Jesús a pesar de su inocencia no contribuirá, acaso, a que se esté brindando un justificativo teológico para que la iglesia y la sociedad mantengan sin cuestionar sus hábitos de opresión?

### La importancia de la Trinidad para entender a Dios

¿Murió Jesús para satisfacer las exigencias de un Dios enfadado? Gerard Hughs, en su libro *God of Surprises*, cuenta la parábola de ciertos niños inocentes que sus padres llevan a visitar a un «Tío Jorge» hosco e iracundo. El Tío los lleva al sótano de su casa y les muestra una enorme y espantosa caldera de fuego, en cuyo horno arroja a los niños que le desobedecen o dejan de visitarle con regularidad. Mientras los niños, aterrados, vuelven a casa aferrándose con todas sus fuerzas a las manos de sus padres, Mamá se inclina y «pregunta con un enorme brillo de ilusión en los ojos: “Chicos: ¿A que amáis al Tío Jorge con todo el corazón, con toda el alma, toda la mente y todas las fuerzas?” Y nosotros, aunque detestamos a ese monstruo, respondemos: “¡Sí, mamá!” porque decir cualquier otra cosa supondría acabar entre los niños que esperan en cola a la puerta del fuego».

Semejantes críticas de la teología cristiana demuestran lo sumamente importante que es que consigamos hacernos una idea equilibrada de cómo es Dios. En cuanto a mí, no estoy para la labor de abandonar el concepto de que la muerte de Jesús es una sustitución a favor nuestro. Creo que Dios es justo y que juzgará. Estas enseñanzas son bíblicas. Pero aquí nos encon-

Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros: en que Dios ha enviado a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos amó, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto jamás. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se perfecciona en nosotros. En esto sabemos que permanecemos en Él y Él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo. Todo aquel que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos llegado a conocer y hemos creído el amor que Dios tiene para nosotros. Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios permanece en él. En esto se perfecciona el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como Él es, así somos también nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo, y el que teme no es hecho perfecto en el amor. Nosotros amamos, porque Él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y este mandamiento tenemos de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano.

—1 Juan 4,7-21 (Bib. de las Am.)

### También en este número:

Valores del Reino de Dios	2
El Banco Mundial y los pobres	5
Un testimonio	6
La complicidad de los buenos	6
Noticias de nuestras iglesias	7
El libro de Esdras	8

Creo que Dios es justo y que juzgará. Estas enseñanzas son bíblicas. Pero aquí nos encontramos con una paradoja — y en la paradoja hallamos «buenas noticias» — que este mismo Dios que juzga, a la vez nos ama con su propio sufrimiento sacrificado.

tramos con una paradoja —y en la paradoja hallamos «buenas noticias»— que este mismo Dios que juzga, a la vez nos ama con su propio sufrimiento sacrificado.

En el mundo de la antigüedad era prácticamente inconcebible la religión sin sacrificio. Pero la concepción cristiana de Dios como tres en uno, revolucionó el antiguo concepto del sacrificio como propiciación de las iras divinas. El texto con que empezábamos habla del Padre, del Hijo y del Espíritu: una indicación de que la teología trinitaria puede ayudarnos a pensar correctamente acerca de Dios.

Si Jesús hubiese sido única y exclusivamente un mortal, sería difícil evitar la conclusión de que una deidad todopoderosa estaba abusando de una pobre criatura inocente al enviarlo a morir en la cruz. Pero si Jesús fue Dios con nosotros, entonces tenemos (por valernos de una frase de Jürgen Moltmann) «un Dios crucificado». Un Dios todopoderoso y todo amante escogió, por medio de Cristo, participar en el sufrimiento generado por nuestro pecado. Dios es amor, y «en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (4,16-18). El Padre no es ni vengativo ni abusivo, sino que se manifiesta asombrosamente predispuesto a entrar a

A lo largo y ancho del Nuevo Testamento también hallamos explicaciones en el sentido de liberación, emancipación y la derrota de poderes malignos.

nuestro mundo corrompido para transformarlo.

### Una variedad de imágenes explican la cruz

La teología cristiana incluye la idea del sustituto expiatorio entre las interpretaciones de la muerte de Jesús. Pero a lo largo y ancho del Nuevo Testamento también hallamos explicaciones en el sentido de liberación, emancipación y la derrota de poderes malignos. Quizá lo que corresponde es que los varones de raza europea y clase profesional, como yo mismo, nos centremos en la teología del sacrificio y aprendamos a compartir o incluso desprendernos del poder como nuestra manera particular de seguir a Jesús. Entre tanto, sería apropiado que las mujeres y los marginados — que ya se encuentran relegados y postergados en nuestra sociedad— pudieran celebrar esos aspectos de la cruz y resurrección que ejemplifican la liberación, el apoderamiento y la confrontación.

Si bien es cierto que Jesús lavó los pies de otros como un esclavo, lo hizo «sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía» (Juan 13,3). Jesús gozaba de tanto poder que era suya incluso la opción de entregar su vida. Tú y yo no somos divinos, pero también es menester que experimentamos ese divino apoderamiento antes de tener nada que entregar. Cuando recibimos el perdón y somos restaurados a la imagen de Dios por el poder del Espíritu, entonces Dios nos da la gracia de poder entregar nuestras vidas. Y entonces podemos apoderar a otros a nuestro alrededor, que la iglesia o la sociedad en general han despojado de poder.

¿Quiénes son, en tu iglesia o en tu comunidad, aquellos que han quedado marginados? ¿Cómo puedes serle útil tú a Dios para traerles buenas noticias?

—traducido con permiso por D.B. para *El Mensajero*, de *Mennonite Weekly Review*, 27 febrero 2007.

## Valores del Reino de Dios

por José Luis Suárez

Hace unas semanas, me llamaron del hospital Vall d'Hebron, de Barcelona. Una señora, ingresada desde hacía más de medio año, había pedido asistencia religiosa evangélica. Durante su larga convalecencia, lejos de sus seres queridos (esta señora es ecuatoriana), y sin apenas conocidos, tuvo tiempo, en su soledad, para pensar no sólo en su enfermedad, sino también en su vida y en su relación con Dios. Durante el tiempo que compartimos en mi visita, me comentó cómo había dejado la fe que sus padres le habían transmitido y cómo había vivido, durante años, lejos de Dios. Sin embargo, durante la enfermedad, se dio cuenta de su fragilidad física, de la pobreza de su vida y de la necesidad de volver a Dios. En sus muchos ratos de soledad, descubrió que su comportamiento no había sido el adecuado con sus padres y familiares cercanos. En aquellos momentos se avergonzaba y arrepentía de ciertas actitudes que había mostrado. Me contó que se sentía perdonada por Dios y que quería empezar una nueva vida. Pero sentía dolor en su corazón, dolor por no saber cómo poder reparar el daño hecho a los suyos. Sobre todo pensaba en su padre, ya fallecido.

El relato de esta mujer me conmovió. Era la primera vez que escuchaba un relato en el que además del encuentro con Dios y el perdón recibido, había una gran preocupación por restaurar relaciones, por buscar formas de compensar el mal ocasionado a los demás. Su historia me hizo pensar en los atropellos a gran escala, en los males causados a pueblos, a colectivos y a individuos. También pensé en los procesos de reconciliación, en el deseo de muchas víctimas y familiares, de hacer justicia. Es evidente que sin justicia, la reconciliación se da en un vacío, y a las primeras dificultades, aparecen de nuevo, las heridas que no estaban cerradas. Observo, dentro de



círculos cristianos, durante los procesos de restauración de relaciones rotas, cómo queremos llegar a la reconciliación y al perdón, sin pensar en los males causados y en qué hacer con ellos. Es fácil pensar que con un abrazo, ya hemos solucionado todo.

El relato de esta mujer, me hizo pensar en la historia de Zaqueo, que encontramos en el Evangelio de Lucas 9,1-10. En su encuentro con Jesús, Zaqueo reconoce su mala manera de vivir. No todo lo que tiene lo ha conquistado por medios honestos. Así que, decide ser generoso y restituir aquello que había obtenido de forma deshonesto, cuadruplicándolo. No hace esto porque la justicia se lo pida, sino que lo hace desde la voluntariedad y libertad.

Tanto la historia de Zaqueo como mi encuentro con la mujer en el hospital, me recuerdan que en todo proceso de reconciliación, el dolor padecido por las víctimas debe ser reconocido y tratado. No podemos pasar olímpicamente del pasado como si nada hubiera ocurrido y empezar de nuevo, después de haber causado heridas a otras personas.

Es evidente que cuando hablamos de justicia en nuestra sociedad, muy a menudo lo hacemos en términos punitivos, hablamos de juicio, castigo, e incluso venganza. En el Reino de Dios, hablamos de justicia restaurado-

El relato de esta mujer me conmovió. Era la primera vez que escuchaba un relato en el que además del encuentro con Dios y el perdón recibido, había una gran preocupación por restaurar relaciones, por buscar formas de compensar el mal ocasionado a los demás.

ra, con la que pretendemos compensar el mal causado, ofreciendo una reparación o restitución. Podemos encontrar muchas formas de realizar este acto.

En ocasiones, la justicia restauradora será un gesto simbólico por el que se reconoce que no es posible hacer justicia de forma perfecta y completa. Por ejemplo, los muertos no pueden volver a la vida (como en el caso del padre de la mujer del hospital). En otros casos quizás las heridas sean irreparables. Sin embargo, se deben buscar formas creativas de poder realizar estos gestos.

La mujer del hospital, me recordó una historia que leí hace tiempo y que la dejo al final de mi exposición, porque creo que describe, de forma extraordinaria, cómo el mal que causamos a los demás no se resuelve con un «Perdóname y empecemos de nuevo» —como si nada hubiera pasado. Todo mal que hacemos a los demás, deja secuelas y la justicia restauradora, de forma voluntaria y generosa, debe estar presente en la restauración y reconciliación de las relaciones.

*Había una vez un niño, que tenía muy mal carácter y se peleaba con todo el mundo. Un día, su padre le dio una bolsa con clavos y le dijo lo siguiente: cada vez que pierdas la calma, cada vez que te enfades con otra persona, irás a clavar un clavo en la puerta de madera que valla nuestro*

*jardín.*

*Así pues, cada vez que el niño se enojaba con alguien, tomaba el martillo y clavaba un clavo en la puerta. En poco tiempo, había clavado 40 clavos. Sin embargo, a medida que iba clavando clavos se fue calmando, porque descubrió que era mucho más fácil controlar su carácter que clavar los clavos en la madera.*

*Pasaron los meses, y el niño dijo a su padre: «Papá, en las últimas semanas no me he peleado con nadie». Su padre le sugirió que cada día que controlara su carácter, sacara un clavo de la puerta.*

*Los días pasaron y el niño fue sacando clavo tras clavo, hasta que un día el hijo muy orgulloso, se acercó al padre y le anunció: «Papá, ya he sacado todos los clavos de la puerta».*

*El padre, después de abrazarle y darle un beso, le llevó delante de la puerta donde ya no había ningún clavo y le dijo: «Has hecho muy bien, hijo mío, pero fíjate en todos los agujeros que han quedado; esta madera ya nunca será la misma de antes. Cuando te enfadas con otra persona dejas cicatrices como este agujero de la puerta. El daño ya está hecho. Aunque pidas perdón, allí donde hayas dado un golpe habrá quedado una herida».*



# El Banco Mundial fastidia a los pobres

por Kathleen Kern

Tal vez nos corresponda a los cristianos que vivimos en los países ricos —que en cuanto cristianos compartimos una misma ciudadanía en el Reino de Dios con los pobres— plantearnos cómo y de qué formas dimitir, nosotros también, de un sistema económico que nos concede privilegios tan notoriamente injustos.

Una amiga mía pasó un año en Jeddá, Arabia Saudí. Teniendo que ir a una clínica dental, descubrió que varias de las higienistas dentales no eran árabes. Preguntó de dónde venían y su dentista le dijo: «Esas mujeres son todas dentistas tituladas en las Filipinas». Resulta que ganaban más trabajando como higienistas dentales en Arabia Saudí, que como dentistas en su propio país.

Aquellas mujeres se hallan entre millones de filipinos que han sido dispersados por todo el mundo por las políticas del Banco Mundial. Uno de cada diez filipinos trabajan hoy día fuera de su país, para que sus familias puedan sobrevivir o para que sus hijos puedan recibir una educación.

Los fundadores del Banco Mundial se hubieran escandalizado de descubrir los efectos monstruosos sobre los países pobres que ha tenido lo que ellos crearon. En 1944, observaron que el colapso de la economía alemana había sido uno de los factores contribuyentes al auge del fascismo. Por eso establecieron el Banco Mundial, con la idea de contribuir a la reconstrucción de Europa y aspirando a alzar, a la postre, el nivel de vida de los países menos desarrollados.

En algún momento posterior, la misión del Banco Mundial sufrió una

mutación hasta transformarse en lo que es hoy, manipulando las economías de los países menos desarrollados para beneficio de las naciones más ricas y de las empresas multinacionales.

El Banco Mundial promueve hoy día el principio económico de la «liberalización». El efecto es precisamente el contrario de lo que cualquiera imaginaría al oír la palabra «liberal». En lugar de echar una mano a los pobres y oprimidos, la liberalización sirve los intereses de las multinacionales, derribando las barreras y normativas nacionales que estorban o impiden el funcionamiento óptimo del mercado libre.

Las Filipinas fueron uno de los primeros países donde el Banco Mundial experimentó con la «reestructuración» de la economía, según Ellen Augustine. Ella ha contribuido un capítulo titulado “Las Filipinas, el Banco Mundial y la carrera a las profundidades” para el libro *A Game as Old as Empire*, que está por salir. Augustine observa que ningún país donde el Banco Mundial haya impuesto su modelo económico «liberal» se ha desarrollado satisfactoriamente. De hecho, las naciones asiáticas que en las últimas décadas se han desarrollado tan rápidamente, lo han hecho siguiendo un modelo exactamente contrario. Han controlado con normativas las importaciones, a la vez que desviaban fondos a las áreas que juzgaban que más necesitaban desarrollo.

Como condicionante para prestar dinero al dictador filipino Fernando Marcos, que por cierto se apropió per-

sonalmente de grandes sumas del dinero ingresado, el Banco Mundial estipuló que su gobierno debía abrir «zonas para el procesamiento de exportaciones» en la década de los 70, donde se permitiría un 100% de propiedad extranjera, se pagaría a los trabajadores por debajo del mínimo salarial legislado, se ofrecería a los inversores exención de pago de impuestos, y se cobraría un mínimo irrisorio por infraestructuras, subvencionando la construcción de factorías. Toda esta normativa ha tenido un efecto desastroso en los trabajadores filipinos. Según los propios estudios del Banco Mundial, el salario de los trabajadores filipinos no especializados bajó un 30% entre 1972 y 1978, y el de los trabajadores especializados, un 25%. Entonces, como ahora, estas cifras esconden un mundo donde los trabajadores tienen que dedicar 16 horas al día, tienen prohibido hablar con sus compañeros de trabajo, y no reciben nada en absoluto cuando se enferman o les toca vacaciones.

Las empresas filipinas también han sufrido. Un fabricante filipino le confesó a Augustine: «Ahora lo único que quiere hacer todo el mundo es marcharse del país. Ya no exportamos productos; sólo exportamos gente. Puesto que los países pobres no obtienen el más mínimo beneficio de la política del Banco Mundial, sus gestores deberían todos ellos, sin excepción, dimitir».

Tal vez nos corresponda a los cristianos que vivimos en los países ricos —que en cuanto cristianos compartimos una misma ciudadanía en el Reino de Dios con los pobres— plantearnos cómo y de qué formas dimitir, nosotros también, de un sistema económico que nos concede privilegios tan notoriamente injustos.

—traducido con permiso de *Mennonite Weekly Review*, 6 febrero 2007, por D.B. para *El Mensajero*.



## Un Testimonio

Quisiera que todos mis hermanos y hermanas conocierais cómo Jesús vino a mi vida, cómo se estableció y tomó su trono dentro de mi corazón, para ser el Señor de mi vida.

Tenía una vecina y amiga, *la Jose*. Ella me habló durante aproximadamente doce años de Jesús. Me habló de él casi sin nombrarlo y me enseñó la Palabra de Dios. Yo no sabía nada de esto. Me interesaba por la Nueva Era, esa doctrina que circula en el mundo (ser vegetariano, la no violencia, la relajación, etc.). Y lo que me produjo todo esto, fue mucho dolor. Vivía quejándome y llorando; rogando a Dios, a un Dios que no conocía, que me ayudara. Sin embargo como siempre he sido muy fuerte, me resignaba al dolor y podía trabajar, llevar la casa, cuidar de mi familia y sobrepormerme a todo. Pero no era feliz.

La que yo no sabía era que el Señor tenía un plan para mí, un propósito muy grande y especial. Nunca pude imaginarme que mi vida daría un giro tan grande e inesperado. De la noche a la mañana, un día, mi amiga enfermó, y nuestra vida cambió. Esta etapa de su vida fue el principio de mi cambio. Bueno, sé que ella libró muchas batallas para salvarme a mí y yo soy el testimonio de su gran victoria: Salvarme a mí, a mi esposo y a mi pequeño hijo.

Yo tenía cuarenta y tres años cuando murió *la Jose*. Ese día fue muy duro para mí. Antes de morir, habló conmigo y me dijo: «Jesucristo murió para perdonar tus pecados, murió por ti». Esto fue para mí como una bomba de relojería que se me metió en el corazón y que explotó. Esa noche en mi casa lloré mucho. Y cuando estaba llorando, tuve una visión. Vi a Jesús clavado en la cruz, con la cabeza ladeada, y entendí que él estaba allí por mí. Tuve como una panorámica retrospectiva de mi vida y me di cuenta de lo lejos que estaba de Jesús. Entonces de repente oí una voz muy fuerte, como un trueno, que llenó toda la estancia y me dijo: «¡Sígueme! ¡Sígueme!»

Me arrepentí de mis pecados y le



pedí perdón. Entonces empecé a recibir la Biblia en mi mente, como si se abriera un boquete en mi cabeza; y día y noche recibía versículos y versículos. Yo no sabía lo que eran todas estas palabras y fui corriendo a una librería cristiana a comprar una Biblia. Era la primera vez que la leía, y comprendí que todo lo que yo recibía era lo que estaba allí escrito. Es un misterio como el Señor actúa con nosotros.

Pasaron unos quince días después de todo esto y una tarde, cuando estaba descansando, otra vez oí un gran trueno y la voz fuerte. Entonces, ya quise ir a la iglesia y así fue como comencé a ir a la congregación, junto a mi esposo Joaquín y a mi hijo Sergio.

Hemos entregado nuestra vida a Jesucristo, fuimos bautizados en agosto del 2006 y ahora colaboramos en la iglesia. Estamos llenos de agradecimiento al Señor, porque un día él dio su vida por nosotros.

¡Gloria a su Nombre! ¡Aleluya!  
**Amén.**

—Auri  
Iglesia de Horeb en Vigo  
29 enero 2007

## La necesaria complicidad de los buenos que no ven nada

Hoy recibí un correo de alguien de quien no tenía noticias desde hacía años. Fue uno de tantos voluntarios que pasaron por un centro de rehabilitación de toxicómanos con el que colaboré muy estrechamente durante veinte años. Me comentaba, sin reprochármelo, lo duro que había sido ese año, sometido a un régimen de autoritarismo malsano bajo la bandera del servicio al Señor. Como tantos otros voluntarios en aquel centro, este joven necesitó de un tiempo considerable para recuperarse psíquica, emocional y espiritualmente de los abusos sufridos en aquel ambiente.

Cuando los responsables de aquel centro decidieron salirse de mi iglesia, de mi ministerio y de mi vida, lo más duro fue tener que enfrentarme a la realidad de mi complicidad. Había sido capaz durante veinte años de no ver ni oír ni enterarme cabalmente del sufrimiento psíquico de personas con quienes me relacionaba más o menos regularmente. Los veía tan espiritualmente transformados, clamando y adorando al Señor como un clavo ardiendo, que me parecía que estaban bien encaminados. No me daba cuenta hasta qué punto la intensidad de sus oraciones venía de la intensidad de su sufrimiento. Y desde mi posición de responsabilidad en la iglesia, ignorando ese sufrimiento contribuí a sostenerlo.

Esta no es la única situación donde mi complicidad como «gente buena» acabó siendo parte del sistema de opresión, que contribuía en alguna manera a dar visos de respetabilidad al abuso de las personas. El otro caso es más difícil, porque mi complicidad fue la de toda una sociedad. Me refiero a la experiencia de los argentinos durante los años del terror y las desapariciones en la segunda mitad de los 70. Supongo que los que vivieron la posguerra española entenderán la situación. La sociedad entera consentíamos los atropellos y la violación de derechos humanos, con el argumento de que si a Fulano o Mengano lo

habían desaparecido, «será que algo habrá hecho». Nos tapábamos así los ojos y los oídos y seguíamos con nuestras vidas, consiguiendo convencernos de que la cosa no estaba tan mal.

Y ahora me encuentro en una situación parecida. Yo sinceramente preferiría dedicarme a una edificación espiritual del prójimo, a predicar a Cristo y enseñar la Biblia y marginar como impropios de mi ministerio o de un órgano como *El Mensajero*, temas como el artículo en este número sobre el Banco Mundial. Pero observo que más de la mitad de todos los menonitas y Hermanos en Cristo del mundo, viven en países como la República Democrática del Congo. Y que entonces, ya no hablemos de solidaridad con toda la humanidad —cosa necesaria, si he de aceptar las opiniones de Jesús— y ya no hablemos siquiera de solidaridad entre todos los cristianos... sino que incluso entre nosotros los herederos de la «Reforma Radical», la mayoría de mis hermanos y hermanas viven en la miseria y sufriendo regímenes de opresión, para que nosotros en Europa y Norteamérica podamos mantener nuestro estilo de vida rabiosamente consumista.

Entonces, perdonadme, mis pacientes lectores de *El Mensajero*: entiendo que no puedo callar. Que es tan «espiritual» publicar un artículo sobre el Banco Mundial —cuyas políticas afectan directamente a mis hermanas y hermanos menonitas y de Hermanos en Cristo en todo el mundo— como hablar del fruto del Espíritu o de la divinidad de Cristo. Tan espiritual como que tiene que ver con la caridad o el amor cristiano.

Estoy harto de ser el «buenazo» que consiente y por tanto da respetabilidad a sistemas de opresión. Permittedme, por lo menos de vez en cuando, alguna pataleta y protesta de que esto no está bien. Que el que calla otorga. Que nuestro consumismo es a la vez nuestro pecado y nuestro castigo. Porque nuestra adicción es como la de cualquier otro adicto: ya no somos siquiera capaces de imaginar lo que sería un estilo de vida que no genere pobreza entre dos tercios de la humanidad. ¡Que el Señor se apiade de mí!

—D.B.

## Noticias de nuestras iglesias

### Fiesta de mujeres

**Burgos, marzo 2007** — Han nacido tres bebés en nuestra comunidad. Pero antes de los trabajos de parto, pudimos sorprender a las tres mamás con una fiestita divertida. Resultaba que Noelia preparó la fiesta para sorprender a Giselle, pero las demás pudimos sorprender también a Beti y a la propia Noelia, aprovechando que los tres bebés iban a llegar uno tras otro. Noelia —que ha vuelto de pasar unos años en USA— traía ideas nuevas, la internet ayudó un poco más... y nos hemos emocionado y reído con ellas.

Es que Dios también nos sigue sorprendiendo.

Es curioso como un embarazo suele conducir a tres en nuestra iglesia. Los críos siempre nos llegan de tres en tres.

En fin, que todo acabó en dos cesáreas y un parto natural; dos niños y una niña. Ahora, que Dios bendiga a las tres familias y nos siga sorprendiendo con su infinita fidelidad.

—Connie

### Campaña en Hoyo

Desde *El Mensajero* queremos estimular a todos y todas a comprometerse en la intercesión para que prosperen los planes para celebrar una «Campaña de Evangelización» en Hoyo de Manzanares este verano. En el encuentro de pastores y líderes de nuestras iglesias, celebrado en enero, la comunidad de los Hermanos en Cristo (Madrid y Hoyo de Manzanares) nos compartieron con ilusión los planes que venían realizando junto con la organización evangelista *Decisión*.

Quizá haya maneras de colaborar también desde nuestras comunidades hermanas, de lo que en ese caso nos irán informando oportunamente...

En cualquier caso, sabemos que la intercesión es esencial.





## Los libros de la Biblia

# Esdras

Siguiendo el orden de la colección de «Las Escrituras» en la Biblia Hebrea (el Antiguo Testamento cristiano), después de Daniel vienen Esdras y Nehemías. Así como Daniel refleja la experiencia de esa mayoría de judíos que siempre han vivido esparcidos entre las naciones, con Esdras emprendemos el camino a Jerusalén una vez que las autoridades persas lo permiten.

Una de las cosas que llaman la atención en este libro es la importancia del linaje. Es una tendencia que se acrecentará aun más cuando se escriban, posteriormente, los libros de 1 y 2 Crónicas. Hay, tal vez, cierto paralelo con cómo en España, con la Reconquista, todo el mundo se afanaba en demostrar que era *fijodalgo* (o hidalgo: *hijo de «algo»*, es decir, de linaje intachable de la antigua nobleza visigótica). Aquí también, la nobleza y el sacerdocio judíos habían sufrido un terrible varapalo, reducidos no a la Cornisa Cantábrica sino al exilio babilónico. Y ahora cada cual quería demostrar y hacer valer la pureza de su árbol genealógico y su estirpe nobiliaria o sacerdotal, ante el proyecto de reconstrucción nacional que se anunciaba.

No todo el mundo pudo demostrar su linaje sacerdotal para la entera satisfacción del gobernador, lo cual es verosímil suponer que creó cierto malestar. Por otra parte, cuando se pone en camino Esdras con una segunda tanda de regresantes, descubre que no se ha apuntado voluntariamente nadie de los levitas, a los que manda reclutar expresamente. A todo esto, entre las listas de los que participan en esta «operación retorno» hay mucho énfasis en el sacerdocio levita pero ninguna mención del linaje de Aarón. Algunas décadas más tarde, el profeta Malaquías tendría palabras muy duras respecto al sacerdocio levita, considerándolo violador de su pacto sacerdotal particular con el Señor, y responsabilizándolo de gran parte de los males que sufre la comunidad de los regresados.

Los desajustes y rivalidades de la antigua nobleza y los diversos linajes sacerdotales que vuelven con plena esperanza de recuperar el protagonismo que habían tenido sus antepasados, sin embargo, palidecen ante el reto de saber cómo relacionarse con los lugareños. Estos eran los descendientes de la plebe judía e israelita, que no había sufrido el exilio. A falta de instrucción, aquella población había apechugado como bien podía y había continuado, como desde hacía siglos, con una mezcla alegre de culto a Yahveh (o Jehová) y supersticiones y culto pagano. Los exiliados — ahora regresados — habían llevado consigo, copiado, reelaborado y editado en Babilonia los antiguos escritos nacionales sagrados de Israel y Judá. Los que se habían quedado en la tierra recordaban las viejas tradiciones familiares que pasaban de generación en generación; pero claro, éstas no podían competir con el prestigio ni la inspiración de los libros de la Ley y los Profetas.

Los regresados, además, consideraban haber «pagado un peaje» con la dura experiencia del exilio, con que habían sido purificados de los errores y pecados del fracasado reino de la dinastía de David. Y entre los antiguos derechos de casta y esa pureza adquirida con el sufrimiento, era normal que vieran como prácticamente paganos — más peligrosos que enemigos — a la población del país que pretendía sumarse ahora a la reconstrucción del templo y el reinicio del ritual de sacrificios en honor al Señor.

La reacción de resentimiento y oposición, por parte de los lugareños, era previsible.

Los resentimientos se hacen extensivos a los gobernadores de las regiones contiguas, que mandan una carta a la corte persa, alegando que la reconstrucción del templo generaría una inestabilidad política que sólo podía ser perjudicial para la paz. Así las cosas, la reconstrucción del templo sufre las lógicas demoras de papeleos burocráticas en la lejana capital imperial.

Aunque según los profetas Hageo y Zacarías, las demoras no se debieron sólo a las dificultades políticas sino también a falta de visión. Las familias de los regresados aprovecharon los obstáculos para dedicarse a sus propios negocios en lugar de volcar todos sus recursos y esfuerzos a conseguir la reconstrucción del templo.

La prédica de Hageo y Zacarías obtiene el resultado deseado. Conseguido por fin el apoyo inequívoco de la lejana corte persa, la reconstrucción del templo concluye y se celebra una imponente ceremonia de dedicación. Poco después llegan a Jerusalén Esdras y un segundo contingente de regresantes. Traen consigo un vasto tesoro de objetos de oro y plata para que el ritual en Jerusalén goce del fausto y la pompa dignos de una religión patrocinada por la corona imperial.

Y sin embargo el libro de Esdras cierra con una nota de desazón e inquietud. La pureza racial de las antiquísimas familias sacerdotales y nobles corre un grave peligro de disiparse. Inesperadamente, se están enamorando y casando con aquella antigua población lugareña, mestizada, que no había sufrido el destierro babilónico.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)  
**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)